

los criados de la antesala... Llevad mi reloj, para que os crean... Aquí estaré cuando regreséis... Aguardaréis la contestación.

LUISA. (Muy inquieta.) — ¿No puedo encargarme yo de esto?

FERNANDO. (A Miller, que quiere irse.) — ¡Escuchad además! Aquí tengo una carta para mi padre, que me entregaron corrada ha poco... Quizás algún negocio urgente... Todo esto podríais hacerlo á un tiempo.

MILLER. — ¡Muy bien, Barón!

LUISA. (Instándole, con la ansiedad más viva.) — Pero, padre mío, yo podría hacer muy bien todo esto.

MILLER. — Estás sola, y ya es noche oscura, hija mía.

(Vase.)

FERNANDO. — ¡Alumbra á tu padre, Luisa! (Mientras que ésta acompaña con la luz á su padre, acércase él á la mesa, y vierte veneno en el vaso de limonada.) ¡Sí, morirá! ¡Debe morir! Los poderes celestiales pronuncian á mis oídos su horrible sí; la venganza divina lo confirma, y su ángel de la guarda la abandona.

ESCENA VII.

FERNANDO, y LUISA, que vuelve lentamente con la luz, la deja en la mesa, y se sienta en la parte opuesta al Mayor, con la vista en el suelo, y mirándolo con temor á hurtadillas. Él, en pie, no separa sus ojos de la tierra. Pausa prolongada, propia de esta escena.

LUISA. — ¿Queréis acompañarme, señor de Walter? Tocaré algo en el piano. (Lo abre; Fernando no le responde; pausa.) Me debéis la revancha al ajedrez. ¿Os agrada jugar

una partida, señor de Walter? (Nuevo silencio.) Señor de Walter, ya he comenzado el bolsillo, que había prometido bordaros... ¿No veréis el dibujo? (Nueva pausa.) ¡Oh! ¡Qué desgraciada soy!

FERNANDO. (Sin moverse.) — ¡Podiera muy bien ser verdad!

LUISA. — No es culpa mía, señor de Walter, que tan mal sostenga la conversación.

FERNANDO. (Aparte, con amarga sonrisa.) — ¿Qué has de hacer, pues, con mi taciturnidad extremada?

LUISA. — Bien me presumía yo que ahora no nos conviene estar solos. Me asusté, por tanto, cuando hicisteis salir á mi padre... Me temo, señor de Walter, que esta entrevista es igualmente penosa para ambos... Si me lo permitis, voy á buscar algunos amigos.

FERNANDO. — ¡Si, sí, andad! Yo iré también, y buscaré algunos conocidos míos.

LUISA. (Mirándolo confusa.) — ¡Señor Walter!

FERNANDO. (Con amarga ironía.) — ¡Por mi honor! Es la idea más ingeniosa, que puede tener un hombre en mi situación. Trocaríamos en diversión este triste dúo, y nos vengaríamos con ciertas galanterías de los sinsabores del amor.

LUISA. — Estáis de buen humor, señor de Walter.

FERNANDO. — ¡De extraordinario buen humor, como para que corran tras de mí gritando todos los muchachos de la calle! ¡No, en verdad, Luisa! tu ejemplo me sirve de lección... tú debes ser mi maestro. Son locos los que charlan del eterno amor. La eterna uniformidad nos repugna, y sólo la variedad sazona el placer... ¿No es verdad, Luisa? ¿No estoy yo en lo cierto? Corremos de novela en novela, de lodazal en lodazal... tú por allí, yo por aquí... quizás después de nuestra grata excursión, convertidos en descarnados esqueletos, nos veremos de nuevo con la más seductora sorpresa, y nos conoceremos por cierto aire

de familia, que tienen los hijos de una misma madre, como sucede en las comedias, y averiguaremos que la vergüenza y el disgusto producen acaso una armonía, que no ha podido proporcionar el más tierno amor.

LUISA.—¡Oh joven, joven! Tú eres ya desdichado. ¿Intentas también merecerlo?

FERNANDO. (Murmurando colérico entre dientes.)—¿Que soy desdichado? ¿Quién te lo ha dicho? Tú, mujer, eres demasiado perezosa para sentir... ¿cómo has de calificar los sentimientos ajenos?... ¿Desdichado decía?... ¡Ah! esa palabra me infundiría furor hasta en la sepultura... Ya sabía ella que yo había de ser desdichado. ¡Muerte y condenación! Y lo sabía, y me ha hecho sin embargo traición... Mira, víbora; esa era tu sola probabilidad de perdón... Tus palabras te arrancan la vida... Hasta aquí podría yo atribuir tu falta á sencillez, y á causa del desprecio, que me infundías, dejarte escapar de la muerte. (Cogiendo el vaso precipitadamente.) Así tú no has sido ligera... no has sido tan estúpida... ¡eras sólo una mujer infernal! (Bebe.) Esta limonada es tan insípida como tu alma... ¡pruébala!

LUISA.—¡Oh cielos! ¡No sin razón temía yo esta entrevista!

FERNANDO. (Con imperio.)—¡Pruébala! (Luisa tomó contra su voluntad el vaso, y bebe algo; Fernando se vuelve; al acercar ella el vaso á sus labios, se cubre de mortal palidez, se aleja, y se queda en el fondo de la escena.)

LUISA.—Sabe bien la limonada.

FERNANDO. (Sin mirarla, y temblando.)—¡Que te aproveche!

LUISA. (Después de dejar el vaso en la mesa.)—¡Oh! ¡Si supiérais, Walter, cuán horriblemente me ofendéis!

FERNANDO.—¡Ya!

LUISA.—Llegará el tiempo, oh Walter...

FERNANDO. (Acercándose.)—¡Oh! Acabamos ya con el tiempo.

LUISA.—En que os pesará sobremanera lo que habéis dicho esta noche...

FERNANDO. (Paseándose á grandes pasos, y mostrando desasosiego, y tirando lejos de sí su banda y su espada.)—¡Buenas noches, servicio de príncipes!

LUISA.—¡Dios mío! ¿Qué tenéis?

FERNANDO.—Calor y sofocación... quiero estar más cómodo.

LUISA.—¡Bebed, bebed! La limonada os refrescará.

FERNANDO.—De seguro... esta prostituta tiene buen corazon; sin embargo, todas son así.

LUISA. (Corriendo á sus brazos, dominada por su amor.)—¿Hablar de ese modo á tu Luisa, Fernando?

FERNANDO. (Rechazándola.)—¡Véte, véte! ¡Lejos de mí tus dulces y seductoras miradas! Yo sucumbo. ¡Acércate á mí despidiendo horror y miedo, serpiente! ¡Salta sobre mí, reptil!... ¡Desarrolla á mi vista tus asquerosos anillos, y levanta al cielo tu cabeza... tan repugnante como en el abismo!... no ángel alguno... Ningún ángel ya... Es demasiado tarde... He de aplastarte como á víbora, ó desesperarme... Compadécete...

LUISA.—¡Oh! ¡Llegar hasta este extremo!

FERNANDO. (Mirándola de lado.)—¡Esta bella obra del divino artifice!... ¿Quién lo creería?... ¿Quién ha de pensarlo? (Cogiendo su mano, y levantándola en alto.) ¡No quiero preguntarte, Dios creador!... Pero ¿por qué depositar la ponzoña en tan delicado vaso?... ¿Coexistir el vicio con tan celestial dulzura?... ¡Oh! Es extraño.

LUISA.—¿Oír esto y callar?

FERNANDO.—Y esa voz melodiosa y encantadora... ¿Cómo cuerdas destrozadas suenan tan armoniosamente? (Contemplándola extasiado.) ¡Todo tan bello... tan bien proporcionado... tan divinamente perfecto!... En todo obra maestra del Supremo Hacedor... ¿Y sólo en el alma se equivocó Dios?

¿Era posible que dejase sin defecto este fenómeno de la naturaleza? (Abandonándolo de repente.) ¿O acaso observó que su cincel había modelado un ángel, y para corregir á medias su yerro le dió un corazón perverso, proporcionado á su belleza?

LUISA.—¡Oh culpable obstinación! Antes que confesar su ligereza, prefiere culpar al cielo.

FERNANDO. (Abrazándola lloroso.)—¡Otra vez, Luisa!... Otra vez, como en el día, en que nos dimos nuestro primer beso, cuando balbuceaste el nombre de Fernando, cuando me tutearon tus labios ardientes... ¡Oh! Parecióme en aquel momento, que, como en un capullo, se me presentaba el germen de un placer infinito, que no podía expresarse... Ofreciase la eternidad á nuestra vista como un día hermoso de mayo; millones de años dorados pasaban ante nuestra alma como alegres recién desposados... ¡Yo entonces era feliz!... ¡Oh, Luisa, Luisa, Luisa! ¿Por qué has hecho conmigo esto?

LUISA.—¡Llorad, llorad, Walter! Vuestra pena será más usta para mí que vuestro furor.

FERNANDO.—¡Te engañas! Estas lágrimas no son por tí... no son rocío tibio y delicioso, que cae como un bálsamo en las heridas del alma, y que pone de nuevo en movimiento a seca rueda de la sensibilidad. Son gotas frías... y aisladas... que dicen á mi amor su horrible y eterno adiós.

Con espantosa solemnidad, poniendo su mano en la cabeza de Luisa.) Son lágrimas por tu alma, Luisa... lágrimas por Dios, cuya bondad infinita ha faltado aquí, y que pierde voluntariamente su obra más sublime... ¡Oh! me parece que toda la creación debía vestirse de luto y llenarse de confusiones, al observar lo que sucede en su imperio... Es bastante común que los hombres sucumban y pierdan el paraíso; pero cuando esa peste se ensaña en los ángeles, es menester que la naturaleza entera se lamente.

LUISA.—No me apuréis de ese modo, Walter. Tengo tanta energía como cualquiera otra... pero cuando se la somete á una prueba humana. Una palabra no más, y después nos separamos... Un destino funesto ha divorejado nuestros corazones; sólo con abrir mis labios, oh Walter, podría decir tales cosas... podía... pero la imperiosa necesidad encadena mi lengua y mi amor, y he de sufrir hasta que me trates como á una mujer perdida.

FERNANDO.—¿Te sientes buena, Luisa?

LUISA.—¿Qué pregunta!

FERNANDO.—Sentiría, que, mintiendo, dejases este mundo.

LUISA.—Yo os conjuro, Walter...

FERNANDO. (Con violenta agitación.)—¡No, no! ¡Demasiado satánica sería esta venganza! ¡No! ¡Dios me libre! No quiero llevarla hasta el otro mundo... Luisa, ¿has amado al Mariscal? No saldrás más de este aposento.

LUISA.—Preguntad lo que os agrade. Yo no responderé. (Siéntase.)

FERNANDO. (Con solemnidad.)—¡Cuida de tu alma inmortal, Luisa!... ¿Has amado al Mariscal? No saldrás más de este aposento.

LUISA.—Nada respondo.

FERNANDO. (Cayendo á sus pies, presa de la más violenta emoción.)—Luisa, ¿has amado al Mariscal? ¡Antes que se apague esta luz... estarás... delante de Dios!

LUISA. (Levantándose asustada.) ¡Jesús ¿Qué es esto?... y yo me siento muy mal. (Cae de nuevo en la silla.)

FERNANDO.—¿Ya?... ¡Vosotras las mujeres sois un eterno enigma! Vuestras fibras delicadas os dejan cometer los mayores crímenes, que carcomen la raíz de la humanidad entera, y un miserable grano de arsénico os precipita...

LUISA.—¡Veneno, veneno! ¡Oh Dios mío!

FERNANDO.—Ya me lo temía! Tu limonada ha sido he-

cha en el Infierno, y al beberla has bebido la muerte!

LUISA.—Morir, morir! ¡Dios misericordioso! ¡Veneno en la limonada, y morir!... ¡Apíadate de mi alma, Dios de misericordia!

FERNANDO.—Eso es lo esencial. Lo mismo le pido yo.

LUISA.—Y mi madre... mi padre... ¡Salvador del mundo! ¡Mi padre, mi padre perdido! ¿No hay medio de salvarme? ¿Tan joven, y no hay salvación posible? ¿Y he de morir ahora mismo?

FERNANDO.—No hay salvación posible; es inevitable la muerte... pero, tranquilízate, haremos juntos el viaje.

LUISA.—¿Y tú también, Fernando? ¿Veneno, Fernando? ¿Y de tu mano? ¡Oh Dios, perdónalo!... ¡Dios clemente, absuélvelo de ese pecado!

FERNANDO.—Piensa ahora en arreglar tu cuenta con él... Me temo que no ha de estar corriente.

LUISA.—¡Fernando, Fernando!... ¡Oh!... Ya no puedo callar... La muerte... la muerte quebranta todos los juramentos... ¡Fernando!... Ni en la tierra ni el cielo hay un sér más desgraciado que tú... ¡yo muero inocente, Fernando!

FERNANDO. (Asustado.)—¿Qué dice?... No es lo ordinario mentir, cuando se va á emprender esta peregrinación.

LUISA.—Yo no miento... no miento... una sola vez he mentido en toda mi vida... ¡Dios mío! ¡qué hielo circula por mis venas!... cuando escribí la carta al Mariscal...

FERNANDO.—¡Ah! ¡Esa carta!... ¡Loado sea Dios! Ahora recobro toda mi energía.

LUISA. (Con lengua torpe, y dedos rígidos.)—Esa carta... ten ánimo para oír una horrible nueva... Mi mano escribió lo contrario de lo que sentía mi corazón... ¡tu padre la dictó! ¡Fernando se queda como una estatua, guardando mortal silencio, y cae al fin, como herido de un rayo.) ¡Deplorable yerro!... Fernando... me violentaron... perdona... Tú Luisa hubiera

preferido morir... pero mi padre... el peligro... obraron con pérfida astucia.

FERNANDO. (Con acento desgarrador.)—¡Alabado sea Dios! Aun no siento el efecto del veneno. (Saca su espada.)

LUISA. (De desmayo en desmayo.)—¡Ay de mí! ¿Qué vas á hacer? Es tu padre...

FERNANDO. (Con furor irresistible.)—¡Asesino y padre de un asesino!... También nos acompañará, para que el Supremo Juez sólo se ensañe en el culpable. (Intenta marcharse.)

LUISA.—Mi Salvador murió perdonando... ¡Misericordia para tí y para él! (Muere.)

FERNANDO. (Que se vuelve con rapidez, observa su postrer movimiento de agonía, y cae á los pies del cadáver, vencido por el dolor.) ¡Detente! ¡No me dejes, ángel del cielo! (Coge su mano, y la suelta en seguida.) ¡Fría; fría y húmeda! Su alma voló ya. (Levántandose.) ¡Dios de mi Luisa! ¡Misericordia, misericordia para el más insensato asesino! ¡Tal fué su último ruego!... ¡Cuán bella, cuán seductora después de muerta! La muerte, conmovida, ha respetado su rostro divino... No era fingida su dulzura, porque ha resistido al último suspiro. (Pausa.) Pero ¿cómo? ¿Por qué no siento nada? ¿Me salvará el vigor de mi juventud? ¡Trabajo inútil! ¡No es ese mi objeto! (Coge el vaso.)

ESCENA VIII.

FERNANDO, el PRESIDENTE, WURM y CRIADOS, que se precipitan horrorizados en el aposento, y después, MILLER, el PUEBLO y ALGUACILES, que se reúnen en el fondo.

EL PRESIDENTE. (Con una carta en la mano.)—¿Qué es esto, hijo?... Jamás pudiera creer que...

FERNANDO. (Arrojando el vaso á sus pies.)—¡Míralo bien, asesino!

EL PRESIDENTE. (Vacilando; todos se sobrecogen; silencio terrible.)—Hijo mío, ¿por qué has hecho esto conmigo?

FERNANDO. (Sin mirarlo.)—¡Sí, sin duda! Debiera yo haber oído antes al político, para saber si la jugada podía serle favorable... Sagaz y sublime, lo confieso, era el proyecto de separar nuestros corazones por los celos... El cálculo era magistral. ¡Lástima que el amor furioso no se prestara, cual dócil instrumento, á vuestros planes!

EL PRESIDENTE. Mirando á su rededor.)—¿No hay nadie aquí, que lllore por un padre inconsolable?

MILLER. (Gritando detrás de la escena.)—¡Dejadme entrar! ¡Por Dios! ¡Dejadme entrar!

FERNANDO.—Esta doncella es una santa... otro debe justificarla. (Abre la puerta á Miller, que entra, con el pueblo y los alguaciles.)

MILLER. (Con horrible angustia.)—¡Mi hija, mi hija!... Veneno... veneno, según dicen, ha entrado aquí... ¡Hija mía! ¿en dónde estás?

FERNANDO. (Que lo lleva entre el cadáver de Luisa y el Presidente.)—Yo soy inocente... Da las gracias á éste.

MILLER. (Cayendo en tierra.)—¡Jesús!

FERNANDO.—Pocas palabras, padre... porque ya comienzan á ser preciosas para mí... Me han arrancado traidoramente la vida; me la habéis arrancado vos mismo. Tiemblo al pensar cómo he de presentarme ante el Supremo Juez... y, sin embargo, jamás he sido un malvado. Sea cual fuere mi eterno destino... no... no ha de recaer sobre ella... Però yo he cometido un asesinato, (Alzando la voz de una manera espantosa,) un asesinato, cuya responsabilidad no querrás atribuirme ante el tribunal de Dios. Solemnemente descargo sobre tí la mayor, la más horrible parte de la culpa; tu mismo verás la mejor manera de excusarte. (Llevándole á donde está Luisa.) ¡Aquí, bárbaro! Recréate en el fruto ponzoñoso de tu ingenio; tu nombre está escrito con

rasgos infernales en este rostro, y los ángeles exterminadores lo leerán. Un espectro como éste descorrerá las cortinas de tu lecho, cuando duermas, y te tocará con su mano helada... Un espectro como éste se presentará ante tí, cuando mueras, y ahuyentará tu postrera oración... Un espectro como éste yacerá sobre tu sepulcro, cuando resucites... y te acompañará ante Dios, cuando te juzgue. (Se desmaya, y los criados le sostienen.)

EL PRESIDENTE. (Levantando al cielo sus brazos de un modo horrible.)—A mí no; no á mí, Juez Supremo; no me pidas cuenta de estas almas, sino á éste. (Señalando á Wurm.)

WURM. (Levantándose colérico.)—¿A mí?

EL PRESIDENTE.—¿A tí, réprobo! ¿A tí, Satanás!... ¡Tuyo, tuyo ha sido ese consejo ponzoñoso!... ¡Tú eres responsable!... Yo me lavo las manos.

WURM.—¿Yo? (Con risa infernal.) ¡Qué gozo, qué gozo! Así, ahora sé ya cómo se congratulan los demonios... ¿A mí, estúpido bribón? ¿Era él mi hijo? ¿Era yo tu soberano? ¡Ah! ¡Por la vista de este cadáver, que hiela la médula de mis huesos! ¡Que recaiga ese crimen sobre mí!... Acepto de buen grado mi perdición, pero tú te perderás conmigo... ¡Vamos, vamos! Gritad por las calles: ¡al asesino! ¡Que se despierte la justicia! ¡Alguaciles, atadme! ¡Llevadme de aquí! He de revelar secretos que pondrán de punta los cabellos de quienes los oigan. (Quiere irse.)

EL PRESIDENTE. (Deteniéndolo.) ¡No lo harás, insensato!

WURM. (Tocándole familiarmente en el hombro.)—¡Lo haré, compañero!... Estoy loco, ¿no es verdad?... Obra tuya es... mi comportamiento será ahora el de un furioso... Contigo, codo con codo, iré al suplicio. Brazo con brazo iremos al infierno. Me lisonjeará, oh malvado, ser condenado contigo. (Llevanselo.)

MILLER. (Que, mientras tanto, ha permanecido recostado en el seno de Luisa, lleno de dolor mudo, se levanta de improviso, y

tira á los pies del Mayor la bolsa de dinero.)—¡Envenenador! ¡Guarda tu bolsa maldita!... ¡intentabas pagarme con ella la vida de mi hija? (Vase corriendo.)

FERNANDO. (Con voz desmayada.)—¡Seguidlo! ¡Está desesperado!... Ese oro puede salvarlo... Es el precio de mi mortal gratitud. ¡Luisa, Luisa!... Voy... Adiós... Dejadme espirar junto á este altar...

EL PRESIDENTE. (A su hijo, saliendo de su estupor.)—¡Hijo mío, Fernando! ¿No has de mirar siquiera á un padre desesperado? (El Mayor cae junto á Luisa.)

FERNANDO.—Eso corresponde á Dios misericordioso.

EL PRESIDENTE. (Prosternándose á sus pies, presa de los más espantosos sufrimientos.)—El Creador y sus criaturas me abandonan... ¿Ni una mirada por último consuelo? (Fernando le tiende su mano helada: el Presidente se levanta.) Ahora... (A los demás.) ¡llevadme preso! (Vase seguido de los alguaciles, y cae el telón.)

FIN DE INTRIGA Y AMOR.

D. CÁRLOS, INFANTE DE ESPAÑA

TOMO II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1905
Cde. 1625 MONTERREY, MEXICO